

Giuseppe Ungaretti (1888-1970)

Aleandría: el desierto, la noche, la nada

“Es poner el dedo en llagas profundas. . . Entre la flor que corto y la que doy / la inexpresable nada”, fue lo primero que respondí al añorado amigo Jean Amrouche, quien recogía mis observaciones improvisadas para la Radiodifusión Télévision Française. Como el lector verá, es una obsesión que se presenta a menudo en mi canto. Está en el significado de esa nadería que podría ser la toma de conciencia de lo que yo soy. Nací en Alejandría; una ciudad que ya no forma parte del oasis constituido por el Nilo. Alejandría está en el desierto, en un desierto donde la vida acaso es muy intensa desde su fundación, pero donde la vida no deja ningún signo de permanencia en el tiempo. Alejandría es una ciudad sin monumentos; o mejor dicho, con muy pocos monumentos que recuerden su antiguo pasado. Cambia sin cesar. El tiempo no deja de llevársela. Es una ciudad donde antes que nada está presente la sensación del tiempo, del tiempo destructor. Y al decir *nada* me refiero particularmente a esa tarea de aniquilamiento que allí produce el tiempo. También pienso en el espejismo que esa nada y ese tiempo abolido pueda relampaguear en la imaginación del poeta, en una imaginación que me hace retroceder hasta la infancia, cuando los espejismos comenzaban a ser algo acostumbrado.

Intentaré fijar ciertos elementos. Perdí a mi padre cuando era muy chico, a los dos años de edad. Por lo tanto, pasé mi infancia en una casa donde la memoria de mi padre alimentaba un luto constante. No fue una infancia alegre. Mi padre nos dejó una panadería de cierta importancia. La dirigía mi madre. Todo el santo día andaba ocupada en sus negocios y quehaceres hogareños. No descuidaba, o mejor dicho, cuidaba muy bien a sus hijos. Era una mujer de extraordinaria energía. Yo, en cambio, heredé el carácter de mi padre, que era todo lo contrario. Soy voluntarioso, es cierto, pero de otra manera. Mi madre era voluntariosa hasta el exceso, muy pero muy voluntariosa y, como es natural, muy pocas veces se abandonaba a la ternura.

Hay dos elementos de mi primera infancia. . . es más, son tres elementos que pronto habrían de asombrarme en el orden de la inspiración poética. Antes que nada, la noche, la noche y su tráfico; voces de guardianes nocturnos; marchando en fila, viniendo, alejándose: “¡Uahed! . . ., regresando: “¡Uahed!” . . ., cada cuarto de hora, completando la vuelta alrededor del oído infantil.

Era la primera percepción del infinito, de un círculo infinito, como los antiguos egipcios acostumbraban representarlo con una serpiente mordiéndose la cola. Otro elemento, elemento revoltoso, dependía del hecho que en nuestro patio criábamos marranos. De noche, cuando era necesario despertar a los operarios árabes para hacer el cambio de turno, un operario del condado luquese que vivía en nuestra casa desde los tiempos de mi padre, iba a buscar al puerco, porque casi siempre el sueño de aquellos árabes era muy pesado, y al acercárseles el puerco se despertaban sobresaltados y huían de él con gritos de endemoniados. Me sentía ofendido por aquella manera de actuar, me parecía —y sólo era un niño— que era mala cosa violar sentimientos sagrados.

Tercer elemento. Era vecino nuestro un funcionario de origen francés, francés y alto funcionario del Estado egipcio. Tenía un hijo de mi edad. Aquel niño era física y acaso mentalmente distinto a mí. Había perdido a la madre, pero la ternura que le brindaban su padre, tíos y tías, sustituía de alguna manera el afecto materno. Era muy agraciado y de maneras refinadas. Me atraía como a todos los compañeros que jugábamos en un baldío. Era una especie de rey. Aquella idolatría, una verdadera idolatría. . . Y quizá aquel afecto, aquella gran amistad, han sido los mayores que yo he tenido en mi vida. Nada puede compararse a aquel apego.

Quiero insistir en uno de los tres elementos, el del luto. Todas las semanas, todas, mi madre me llevaba al camposanto. Íbamos a pie. Era un viaje nada corto y aquella zona estaba casi deshabitada. Había unas cuantas casas alrededor de la nuestra, luego aquella calzada tan larga; a cierto punto surgía la quinta de un rico banquero, el barón Menashe. Al principio de la calzada, una vuelta y, luego, una rotonda; después de caminar y caminar se llegaba al camposanto. Una caminata larguísima. Mi madre rezaba y luego respondía al bribonzuelo que no dejaba de hacer travesuras. Llegábamos al camposanto, donde transcurrían horas y horas de rezos que yo debía seguir, acompañar. Y así todas las semanas durante mi primera infancia.

Sentimiento de la muerte desde el primer momento, y rodeado por un paisaje aniquilante: todo se agrieta, todo, creo que ya lo he dicho; todo tiene una duración mínima, todo es precario. En aquel paisaje yo era presa de aquella

presencia, de aquel recuerdo, de aquel constante reclamo de la muerte.

Hay que recordar otro momento de mi vida, y es cuando tuve que dejar mi casa para ir a pasar algunos años en un internado. Éstos pueden haber tenido importancia, incluso una importancia benéfica, pero de cualquier manera fui muy infeliz en aquel internado. Siempre he sido alguien que nadie ha podido disciplinar. Cualquier tipo de rienda me parece insoportable.

Una mañana. . . algunas mañanas, mientras repasábamos las lecciones o hacíamos las tareas, desde la ventana de un cuartote podíamos observar un cuartel inglés, donde castigaban a los soldados que sorprendían borrachos por la calle. Los obligaban a dar vueltas en una pista, y luego —es algo que recuerdo muy bien, es un tipo de cosas que nunca he podido olvidar—, después de hacerlos correr, ¡eran azotados hasta que brotaba la sangre! Así castigaban a los reyes de la ebriedad. El sufrimiento corporal infligido a seres humanos sublevaba mi ánimo. Aquel espectáculo de fustigación en el cuartel ha sido la peor de las injurias que he soportado en mi vida; en el curso de una existencia ya muy larga y en la que, es natural, se han registrado muchas otras, atroces.

Es necesario que vuelva a hablar de aquel muchachito —se llamaba Alcide— que personificó para mí la imagen de la felicidad; de aquel niño que yo imaginaba como un héroe brotado de mi propia existencia. Estaba yo en un internado de curas. Un día uno de los prefectos me incitó a llevar un diario de mi vida. Lo hice. Y al hacerlo le dirigí a aquel muchacho lejano las invocaciones recurrentes en el análisis de mis sentimientos. Un buen día el prefecto me pide el diario, para verlo; le confío el cuaderno y anota algo. Me lo devuelve, pidiéndome que no lea lo que ahí ha escrito. Destruí el cuaderno. ¿Por qué lo hice? En primer lugar, no me gusta violar el secreto ajeno. Es un respeto heredado y siempre lo he mantenido. Me agrada también que siempre haya algo secreto para mí. Me gusta que el secreto, por haberlo respetado, guarde para mí un sabor infinitamente más poético que si lo descubriera en toda su realidad.

Pero a propósito de Alcide, veamos un poco lo que ha vuelto a mi mente.

A veces interrumpíamos el juego en un baldío, y el arcángel Alcide nos llevaba a su casa. Un día, estando nosotros en el comedor, se hallaba también Louise, la hija de la gobernante alemana de nuestro amigo. Parecía esperarnos y nos invitó a jugar a las *poules*, a las gallinas.

Quinceañera boreal, carita encantadora, cabellera rubia, casi albina, que le llegaba hasta el nacimiento de los muslos, larguísimas piernas cranachianas. Hizo que nos acucilláramos bajo la mesa, como se coloca uno para hacer de las necesidades cuando no hay un lugar más apropiado para ello. La damita también se puso en cuclillas, en medio de nosotros; luego, uno tras otro, fue desabotonando los pantaloncillos y agarró, entre el índice y el pulgar, increíblemente graciosos, el objetito que, como es natural, terminó de surgir. Eran cositas inmaduras las nuestras, teníamos seis o siete años. Ella meneaba la cabeza: "¡Pouah! ¡Oust! ¡Filez! ¡Un peu plus vite que ça, s'il vous plait! ¿Quoi? Vous avez le toupet de

rouspeter, petits nigauds! ¿Hélas? Vos prouesses, on les a éprouvées, gros vauriens!". El caso no lesionó nuestra inocencia, pero desde ese día se extendió en nosotros como un velo. Un velo transparente, pero velo después de todo. Desde ese día Eva se asomó a mi vida.

¿Tal vez tenía la tendencia a convertir en héroe a aquel Alcide, deslumbrante fábula de mi infancia? Estaba lejos porque él no estaba en el internado, y yo sí. Más tarde, también lo mandaron al internado, años después, cuando murió su padre. Estaba lejos, y cuando se me aparecía sólo era el espejismo de una imagen. Me hallaba en casa durante las vacaciones de Pascua. . . y lo veo pasar en un carruaje, con una de sus tías, me parece; se dirigían a un asilo de huérfanos para entregar una limosna. No podría expresar lo que sentí.

Tras la muerte de su padre, como ya lo he dicho, él estaba en el internado y yo había salido. Creo que la fecha de nacimiento de aquel niño era el primero de mayo. Sí, lo recuerdo bien, nació el primero de mayo, sí, y escribí un soneto. No recuerdo haber escrito más sonetos, aunque he traducido muchos, de Shakespeare, por ejemplo, pero no he vuelto a escribir uno más. Le envié aquel soneto donde expresaba más o menos todo el cúmulo de sentimientos que Alcide me inspiraba. Los dos habíamos cumplido ya los quince años, ya no éramos niños; él era un muchacho aventurado y, por la noche, habiendo escapado de la escuela, fue a mi casa para agradecerme el soneto que le había mandado. Es uno de los recuerdos más conmovedores de toda mi vida. No sé qué ocurrió después. Cada uno tomó su camino y no hemos vuelto a encontrarnos.



Alejantría también es el puerto. Mi primera infancia transcurrió en un barrio distante del mar. De vez en cuando íbamos al puerto, cuando mi madre necesitaba comprar leña para la panadería. También íbamos cuando llegaban amigos de Italia, o cuando alguno de ellos regresaba. Por eso el puerto fue para mí un poco el espejismo de Italia, de ese lugar impreciso que más amaba al escuchar noticias y relatos de él en la conversación familiar. Se trata de mi primera infancia, de ese momento de la vida que permanece en la mente, hundido en la noche o en el solazo del espejismo. El espejismo. En el Sahara, los beduinos, con ojos exorbitados y la seca lengua de fuera, no sabían cómo salvarse de su condición de jadeantes. Desde lejos, a lo lejos, desde la escalinata de estratos de luz compacta, en el suelo, contagiados por el solazo martirizado con rabia, mientras su luz enrarecida rebotaba atravesada por estratos más densos: en el corazón de esos

deslumbramientos superpuestos, la brusca luz suspendida elegía la ilusión de mansiones felices, rodeadas de jardines que se reflejaban en un lago con surtidores impacientes, y bajo las copas de las palmas, dátiles amarillos, dátiles rojos, según el tipo de árbol, provocadores, y los palmerales que se inclinan hacia el suelo por la delgadez de los troncos y la excesiva altura, anillados a todo lo largo por los nudos que indican los años, recordando su edad avanzada. En Messina llaman Fata Morgana a la que es diestra en tales embujos. De esa manera nació mi gusto y mi pasión de lanzarme, de zambullirme, de arrebujarme en los espejismos. Era un pueril descubrimiento de mi existencia interior; al mismo tiempo, el deslumbramiento de una imagen y casi la nada, dentro de mí, de una realidad, de esa realidad que más tarde tendré que aferrar, domar y retener, de aquella realidad rugosa que le era familiar a Rimbaud. No hay duda de que en aquel niño había, en su primordial inconsciencia, un conocimiento perfecto e imperfecto de una realidad íntima, secreta, indefinible, indeterminable; y quizá era espejismo como aquel espejismo que venía a nuestro encuentro en el desierto, y su plasma brillante no difundía sino tiniebla.

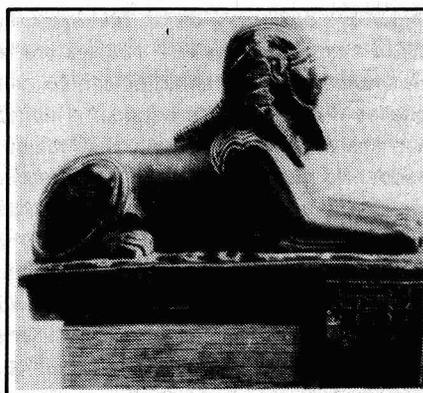
Ya hablé de la noche y de los guardias nocturnos, de esa perenne obsesión que irá incorporándose y animando mi poesía. De aquel modo de llamarse, de sus gritos, del ladrido de los perros que los acompañaban. Olvidaba que con los perros empezaba todo. En la ciudad actual ya no existen los lamentos nocturnos, pero en la de mis tiempos había innumerables perros callejeros. Y durante toda la noche, gritos exorbitantes, gritos brutales que lastimaban los tímpanos con sus prolongados quejidos. Y a todo esto se añadía el coro de los perros, el terrible coro que se propagaba por toda la ciudad con los gritos de los guardias: ¡Uahed!, ¡uahed!, ¡uahed!, y la melopea se deslizaba, alcanzando grandes distancias. Un aro de gritos se ensanchaba a nuestro alrededor hasta perder la noción de su existencia, pero luego regresaba cerrando apretadamente su círculo, como si quisiera triturarnos.

“Roca de gritos”, le llamé, creo, en uno de mis poemas. Siempre he tenido compañeros pertenecientes a muchas creencias religiosas. En todos los países de Oriente hay, como es sabido, numerosos y antiquísimos ritos cristianos, además están los musulmanes y los hebreos. Mis compañeros eran muchachos que profesaban creencias muy diversas y tenían también diversas nacionalidades. En la infancia uno se acostumbra a darle mucha importancia a la propia nacionalidad, pero no hasta el grado de no poder sentir fraternidad hacia quien tiene otra nacionalidad.

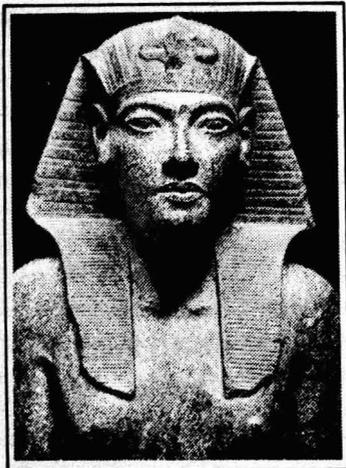
En lo tocante al influjo particular que pueda haber tenido el Oriente en mí, diré que soy insensible a lo pintoresco de los bazares. Lo que me conmovió, lo que había captado de la poesía árabe, ha dejado una huella en mi poesía, sin que me diera cuenta o lo deseara, pero no de color. No sabría precisar cuánto color ostente o si nunca lo ha tenido la poesía árabe. Nació en grandes espacios, en el sentimiento de lo inconmesurable movido por esos grandes espacios, de su gran desnudez. No creo que la poesía árabe sea una poesía del color. El voiceo despacioso que va y viene en el canto árabe, me

impresionaba mucho. Aquella especie de constancia monótona que se diferencia casi insensiblemente, por cuartos de tono, en el acompañamiento de un muerto; aquel borboteo lento, aquel descubrimiento de todo lo que podía conmover a una persona en un discurso disimulado: acaso no habré aprehendido ninguna otra cosa de la enseñanza oriental, pero ¿les parece poco? En aquel salmodiar se manifestaba el valor de la Esencia, y de eso era yo inconscientemente consciente.

De tal modo fue formándose mi sentimiento de la nada. No se trataba de reflexiones, pues era un niño. En ese periodo la reflexión es de poca monta; es tiempo en el que la sensibilidad nutre al sentimiento. Incluso ahora no soy sino un hombre muy viejo, hecho exclusivamente de sensibilidad. Nunca me he convertido en un intelectual. Ciertamente, en aquella cantilena sentía vagamente la evocación de Dios y, fuera de la de Él, ninguna otra existencia que la de nuestra lamento casi tácito, nada. Soy de Alejandría de Egipto. Otros lugares pueden tener sus *mil y una noches*; Alejandría tiene el desierto, la noche, la nada, los espejismos y la desnudez imaginaria que nos enamora y hace cantar de esa manera, sin voz, como ya he dicho.



Me parece que ya lo he mencionado, pero de cuanto podría decir en este momento lo he dicho antes en *Mis ríos*, que es el verdadero momento en que mi poesía y yo tomamos conciencia de sí: la experiencia poética es exploración de un particular continente del infierno, y la realización del acto poético provoca y libera, cueste lo que costare, la sensación de que sólo en la poesía es posible buscar y encontrar la libertad. Continente de infierno, he dicho, a causa de la absoluta soledad que exige el acto poético, a causa de la singularidad de la sensación de no ser como los otros, sino aparte, como un condenado, como bajo el peso de una responsabilidad especial: la de descubrir un secreto y revelarlo a los demás. La poesía en descubrimiento de la condición humana en su esencia, la de ser un hombre de hoy, pero también un hombre fabuloso, como un hombre de los tiempos de la expulsión del Edén. El verdadero poeta sabe que en su gesto de hombre está prefigurado el gesto de antepasados desconocidos, imposible de remontar en la sucesión de los siglos y más allá de los orígenes de su oscuridad.



Al llegar a este punto me parece que tengo el deber de hablar de los influjos más importantes que encaminaron a la poesía. Leopardi, antes que cualquier otro; a los catorce, quince. Sólo más tarde llegaría a sentir en toda su grandeza y secreto poderío a ese hombre que precedió a Nietzsche, que sintió su época y percibió nuestros tiempos mejor que cualquiera de los historiadores. Más tarde, pero no mucho, tal vez en 1906, ya era lector del *Mercure de France*, que era, como es sabido, la revista que en aquellos tiempos daba a conocer a los nuevos valores, con una audacia que asombraba incluso a los más enterados. No puedo soslayar la importancia que tuvo en mi formación la lectura del *Mercure de France*. Por ese entonces existía la polémica sobre el nombre y la obra de Mallarmé. Me lancé a leerlo con pasión y, es muy probable, no lo entendí al pie de la letra; pero no es muy importante comprender la poesía al pie de la letra: la sentía. Me fascinaba con la música de sus palabras, con el secreto, con ese secreto que hasta hoy se mantiene como tal. Mallarmé no me parece un poeta totalmente hermético: es un poeta. Lo decía, si no me engaño, también Racine: antes que nada la poesía, cuando la hay, seduce mediante la música de sus vocablos, mediante un secreto.

Racine ha sido para mí un autor de la vejez; pero de su predominio en la expresión poética, cuando ésta logra adueñarse de la lámpara para adentrarse en el laberinto psíquico del ser humano, diferenciándolo de persona a persona, empecé a entenderlo cuando conocí a Mallarmé. No sólo Mallarmé, desde luego, también Baudelaire. Pero ¿cómo no habría de ser así, estando de por medio Racine? Baudelaire era el tema de discusiones interminables con uno de mis compañeros, al que una vez encontraron muerto en un cuarto de hotel donde vivíamos, en rue des Carmes, en París. Hablo de Mohammed Sheab, el que no podía arraigarse en ningún lugar del mundo. A él le dediqué el poema que abre // *porto sepolto*. Era un muchacho de ideas claras y prefería a Baudelaire. No quiero decir que Baudelaire sea un escritor claro; es un escritor al que le gusta merodear en sus cavernas, y es difícil ser claros e introspectivos al mismo tiempo, pero seguramente es más claro que Mallarmé y, en fin, un escritor al que podemos abordar

sin aprendizaje. Su otro autor era Nietzsche, que lo subyugó. Sus autores eran Baudelaire y Nietzsche; yo seguía siéndole fiel a Mallarmé y a Leopardi; a Mallarmé aun sintiendo que no le entendía a fondo; a Leopardi porque lo comprendía un poco más, si bien tiene, en los momentos sublimes, la indispensable sustancia hermética. Con Nietzsche sentía cierta relación entre algunas tendencias de mi naturaleza y lo que ese nombre cimero puede evocar. Debo reconocerlo: cierto estímulo eruptivo, no sé qué deseos de revuelta y anarquía que hay en mí. A mis dieciocho años me embarqué en tales ideas, conscientemente y con temor.

Es necesario que hable ahora de mi encuentro con un escritor nuestro. En ese tiempo todavía no era escritor sino mercader de mármol. Se volvió escritor, le ayudé a que lo fuera, y hoy lo podemos considerar uno de nuestros escritores más válidos de este siglo. Me refiero a Enrico Pea. Estuvimos muy unidos hasta su muerte. Con su blanca barba enmarcándole el rostro, como la de los *ulema*, y que no dejaba de desenmarañar con sus gruesos dedos, tenía la cara de un patriarca o de un apóstol. Era unos diez años mayor que yo, y, además del negocio de los mármoles, fabricaba muebles, por lo cual había montado una maderería mecanizada. Sobre ésta había un cuarto enorme. Pea llamaba a este lugar "la barraca roja", porque de ese color mandó pintar la maderería y la lámina del cuartote. Pea era socialista y "la barraca roja" estaba destinada a las reuniones de los revolucionarios que vivían en Alejandría o se hallaban de paso. Asistían jovencitos de mi edad y también personas de edad madura, procedentes de todas las partes del mundo: búlgaros, italianos, franceses, griegos. Socialistas anárquicos. Conocí a los anarquistas desde mi infancia, en mi propia casa. Algunos iban a buscar a mis parientes; eran paisanos. Volví a encontrarlos en "la barraca roja", huyendo ahora por haber orden de aprehensión en su contra. Egipto era un país hospitalario. Mi madre no era revolucionaria. Escrupulosamente religiosa, respetaba la tradición, pero respetaba también las ideas ajenas y sabía respetar a los demás. Hablaban de sus lugares de origen, que yo sólo conocía de oídas, de aquel maravilloso país descrito con sentidas palabras.

Recuerdo un hecho referente a aquellos socialistas de Alejandría. Habían arrestado a cierto número de socialistas rusos y estaban a punto de enviarlos a su país, donde seguramente los matarían. Los revolucionarios de "la barraca roja" decidieron tenderse sobre los rieles para impedir el paso del tren y liberar a los prisioneros. En Egipto estaban vigentes las capitulaciones, y dependían de las leyes italianas. No tenían ningún deseo de condenarnos; el proceso era una simple formalidad para satisfacer a las autoridades rusas que lo solicitaron al gobierno egipcio. No recuerdo bien si hubo una absolución general. . . creo que sí. Hasta entonces no sabía nada de Italia sino lo que leía en libros o lo que escuchaba en casa o en el internado. Conocía Italia porque hablaba italiano, porque todo lo que amaba existía en este idioma. No es fácil explicar estas cosas; la lengua era una relación que me llevaba hasta la misma cuna de mis antepasados en la profundidad de los tiempos.

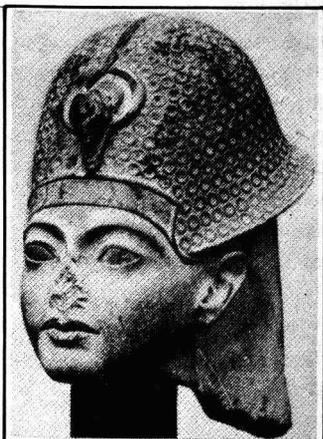
Cuando vine por primera vez a Italia, el descubrimiento más sorprendente fue el de las montañas. Fuimos al Abetone, con Jahier y un joven escritor francés, Louis Chadourne. El precario paisaje que me era familiar, el desierto y luego el mar, el mar que descubrí de niño como una prolongación del desierto, aquel mar que era la soledad y la nada, como el desierto; aquel paisaje inestable, mudable a cada instante. . . . Todo eso desaparecía y, en su lugar, se alzaba la montaña, la montaña firme contra el tiempo, que resiste al tiempo, que desafía el tiempo. El estupor aquel fue demasiado intenso, tal vez el más intenso que recuerdo.

Todas las veces que experimento una emoción profunda, la experimento porque un espectáculo de la naturaleza me ha hecho conocer, junto con una novedad objetiva, mi propia novedad. La naturaleza, el paisaje y el ambiente que me circunda siempre ha sido una parte fundamental en mi poesía.

París es todavía un espejismo. Lo era en esa época para todos los que eran o querían ser artistas, escritores, o simplemente terminar allí sus estudios. En París descubrí algo que fue muy particular: el descubrimiento de un color; mejor dicho, los matices que difuminan al color al infinito; de cómo los objetos, las personas, el cielo, un árbol y todo puede graduarse en una incansante delicadeza del color. Los grises de París. Los valores de los grises, el encendimiento y apagamiento de los grises. Nunca melancólicos; son como el despertar y el enamoramiento en una agonía dulcísima. Al llegar a París me sentí extraviado, vencido de inmediato por las confidencias de esos grises indecibles.

Milán, donde viví esperando la guerra, es una ciudad brumosa. De Alejandría conservo, ya lo he dicho, el sentimiento del desierto y del mar, ambos una llanura ilimitada. Italia se me reveló en forma de montaña. De París conservo un recuerdo de la fineza, de una fineza muy íntima, hermética. En Milán hay niebla, y mis poemas de ese periodo destacan mucho la niebla, que es un modo de hacerme sentir la confusión de mi mente y de cambiar la niebla en sentimiento del infinito, para verlo con más claridad.

Hay otra cosa que contribuía sustancialmente a modificarme. La idea del Oriente estaba momentáneamente cancelada. La idea del caos, del tumulto y del desorden interior sustituía a la de lo ilimitado y de la nada. La agitación de las muchedumbres activas y aquella aspiración a la libertad, una libertad



anárquica todavía, pero una libertad con cierto fundamento. Últimamente he tenido la fortuna de superar las fracturas que pudiesen alimentar la revuelta del poeta en contienda con el ambiente externo y de hallar la armonía en mí mismo y en las palabras.

Al desembarcar en Brindisi, después de salir de Egipto, al llegar a Florencia me topé con objetos muy distintos de los que hasta entonces conocía. Nunca me había gustado la arquitectura. No me atraía la arquitectura. Llegué siendo aún muy pequeño para apreciar tantas cosas insólitas, y no me daba cuenta cabal de los palacios que me rodeaban, tan extraños y rítmicos, no me detuve a observar las iglesias de proporciones perfectas.

Tampoco me detenía a ver las calles. La montaña sí me impresionó. Fue después que comencé a conocer la arquitectura; me sedujo en Francia. Y lo que más me fascinó y enseñó en Francia fue Saint-Julien le Pauvre, la catedral de Chartres y ciertas etapas de la arquitectura anteriores al Renacimiento. Después se me dificultó mucho insertar en mi sensibilidad el barroco de Roma, donde vivo desde hace cincuenta años.

Yo aprendí el significado del poderío incomparable de la arquitectura de Roma, y amo esta ciudad. Sé muy bien lo que esa arquitectura quiere resumir. Pero cuando llegué me parecía insoportable; estaba acostumbrado a las líneas agudas, a líneas empujadas hacia lo alto por una energía inexorable, hacia la techumbre terrible. Estaba acostumbrado a ciertos giros expresivos y los podía reencontrar en Dante, no en Roma. Si me hubiera decidido a vivir en Florencia, quizá los habría reencontrado.

En Milán escribí mis primeros poemas, publicados en *Lacerba*, a solicitud de Soffici y Palazzeschi, que la dirijan. Los escribí como naturalmente debía hacerlo, es decir, tratando de representar en ellos lo que me rodeaba en aquel ambiente, lo que había de mi sentimiento en aquel ambiente reflejado, exponiendo las variaciones sentimentales de la manera más lacónica posible. Siempre me han disgustado los culebrones. Mis primeros poemas son lo que serán los poemas posteriores, poemas que se fundamentan en un estado psicológico derivado de mi biografía; no conozco ningún sueño poético que no esté fundado en mi experiencia directa.

Cuando publiqué *Il porto sepolto* le envié un ejemplar a Apollinaire, a quien conocí antes de la guerra, y desde ese momento nuestras relaciones fueron fraternales. Después de recibir el libro Apollinaire me escribió, y en una postal, aprovechando un periodo de franquicia, me comunicaba que había traducido el poema dedicado a la memoria de Mohammed Sheab. Nunca vi esa traducción. Entre Apollinaire y yo se había dado un acercamiento insólito. Sentíamos tener el mismo carácter y la dificultad que nuestro ánimo encontraba de asemejarse a sí mismo, de construir la unidad propia. Jamás habríamos encontrado dicha unidad fuera de la poesía. Era la búsqueda, el hallazgo de un lenguaje liberador que desanudara la angustiada búsqueda de sí.

Mi regimiento fue trasladado a Francia para agregarse al Cuerpo Armado comandado por el general Albricci. Nos detuvimos antes en el Camp de Mailly. Era el desierto, la Champagne Pouilleuse, la "piojosa", como suelen

llamarla. Totalmente de yeso, salvo unos cuantos pinos entumidos. Es un paisaje triste y no había sino barracas para los soldados. Pasamos ahí algunas semanas. Luego nos mandaron al frente de Verdún. Por ese entonces no era un frente peligroso. Tras un cierto tiempo nos transfirieron al frente de Champagne, no la Champagne Pijosa, sino la Feliz, la de los viñedos. Mi regimiento estaba emplazado cerca de Epernay. Escribí algunos poemas durante ese periodo. Hubo combates muy duros; nada extraordinario para nosotros. Lo extraordinario en ese periodo es que de vez en cuando los soldados podían gozar de licencias para ir donde querían. Durante esos periodos iba a París, y todas las veces iba a buscar a Apollinaire a su casa. Esos contactos con Apollinaire permanecían en mí como recuerdo de estímulos que luego tendrían consecuencias en mi vida y en mi poesía. Pocos días antes del armisticio, el cual se preveía, fui mandado a París para colaborar en un periódico destinado a los soldados del Cuerpo Armado. El periódico se llamaba *Sempre Avanti!*. Apollinaire me había pedido que le llevara una caja de puros toscanos, y tan pronto llegué a París, corrí hacia la casa de mi amigo. Encontré a Apollinaire muerto, con la cara cubierta por un trapo negro, y a su mujer y a su madre llorando. Por las calles gritaban "A mort Guillaume!". También Apollinaire, dolorosa injusticia de la coincidencia, se llamaba como el derrotado Kaiser Guillermo.

En 1919 casé con Jeanne Dupoix. Creo que en ese año murió Modigliani. Vivíamos en rue Campagne Première. En esa calle había una fondita atendida por una anciana que los clientes llamaban Mère Rosalis. Casi todos los días encontraba ahí a Modigliani. Llegaba con su mujer, jovencísima, con su delgado cuerpo envuelto en un *redingote* muy elegante, color azul eléctrico. Modigliani no comía casi nada; devolvía tres o cuatro veces el mismo plato a la cocina porque estaba demasiado lleno o porque no quería ver el plato sino sólo una punta de carne que habría de comer. No dejaba de dibujar a la gente que ahí estaba, o lo que se le ocurría, y dejaba en la mesa aquellos dibujos que luego vendió, pienso, la propietaria del local. En ocasiones también iban Soutine y otros artistas. En fin, mi mujer y yo estábamos con Modigliani a la misma mesa, y puesto que lo conocía desde antes de la guerra, nos hicimos amigos. Poco tiempo después supimos que estaba enfermo, luego que había muerto. Murió de esa enfermedad que por entonces causaba estragos, la fiebre española. No murió de alcoholismo; en todo caso el alcohol debilitó la resistencia de su organismo. El mismo día de su muerte, su mujer, embarazada, se arrojó desde un balcón.

De esos encuentros que tuve en París en ese periodo o en la posguerra, fueron notables los de Soffici, Palazzeschi y los otros futuristas, con Boccioni, con Carrá, con Marinetti; los que tuve con Braque y Picasso, ya cubistas, o con Delaunay, que se decía pintor órfico; los que tuve con Sorel, con Péguy, con Bedier, con Bergson. Todos me hacían mil fiestas al encontrarme, lo cual me dejaba siempre muy asombrado.

Fueron encuentros con un tipo de arte y con un tipo de moralidad que han tenido una importancia decisiva en mi formación general, en mi poesía.

Conocí a De Chirico después de la guerra, pero quizá soy el primer italiano que conoció directamente sus *Plazas*, que luego descubrió Apollinaire, lleno de asombro, en el Salon des Indépendants, poniéndolos en los cuernos de la Luna. Son las *Plazas* que pude recuperar en la vivienda de la casera del falansterio de rue Campagne Première, donde vivía con mi mujer al terminar la guerra, para cederlas luego a Breton, quien las adquirió. Le envié el dinero a De Chirico, que por ese entonces estaba en la miseria. No he tenido la fortuna de encontrarme con Balla, a quien considero el más grande pintor de nuestros tiempos.

Aun antes de aparecer *Littérature*, entablé amistad con sus futuros directores. . . Aragon, Breton, Soupalt, Tzara. En ese tiempo conocí a Desnos, todavía un jovencito imberbe, y en esos años comienza mi profunda amistad con Paulhan, quien luego será para mí algo más que un amigo: un hermano. Por su parte, mi mujer era muy amiga de Allix Guillain, redactora del *Humanité*, mujer de Groethuysen, original teórico marxista, autor del libro *Le Bourgeois*, que en esos años tuvo un éxito clamoroso. Mi amistad con Paulhan es una amistad sensible, de sentimiento, una amistad intelectual. He colaborado sucesivamente en las revistas que hacía: *Commerce*, subvencionada por la princesa de Bassiano, que tenía por directores a Paul Valéry, León-Paul Fargue y Valery Larbaud. Cuando *Commerce*, publicada del verano de 1924 a fines de 1932, dejó de aparecer, se fundó la revista *Mesures*, con los mismos propósitos de presentar ideas precisas acerca de todo lo nuevo en literatura en diversos países, sin distinción de géneros literarios. *Mesures* se publicó de enero de 1935 a abril de 1940. Las dos revistas publicaron textos de Joyce, Kafka, Musil, etcétera. Un escritor norteamericano, Church, promovía esta última revista; junto a él, Michaux, Paulhan, Groethuysen y yo formábamos parte del consejo de redacción.

Vine a vivir en Italia a fines del 19 o a principios del 20. Vivía con muchas dificultades económicas; daba conferencias en el extranjero. Las di en España, en Holanda, en Bélgica, y al mismo tiempo, en los periódicos publicaba artículos de viaje, hablaba de literatura, y a veces de pintura. Vivíamos cerca de Roma, en Marino, en una casita; el techo del estudio estaba descascarado, con goteras y se colaba el agua cuando llovía. Nuestra vida era muy dura.

Ese tiempo de penuria económica fue muy feliz para mi poesía; fue el tiempo en que se formó *Sentimiento del Tiempo*, que va de 1919 a 1935. Pero la primera edición es de 1932; después añadí los otros poemas.

De 1919 a la segunda guerra mundial, con la colaboración en *Commerce* y en *Mesures* y con la frecuentación de aquellos ambientes literarios que eran los más informados de esos tiempos, fue perfeccionándose mi experiencia de poeta, y mi poesía alcanzó sus cualidades expresivas, a partir de las cuales he proseguido.

Así concluye un periodo no facilitado por las exigencias de la vida práctica, pero creo que resultó fecundo en resultados. ◊